

## APUNTES SOBRE FELIPE II.



SEGUNDA SERIE.—1865.

Retrato de Felipe II.

AÑO XXIII. 13



Al mismo tiempo que presentamos á nuestros lectores el retrato físico de Felipe II, quisiéramos hacer ó presentar también el moral; pero ni nos consideramos con fuerzas suficientes para tan árdua tarea, ni la índole del Museo lo permite: y por lo tanto vamos á hacer un bosquejo, siquiera sea imperfecto, á fin de dar á conocer una de las figuras y uno de los períodos mas notables de nuestra historia.

Y efectivamente, imposible es juzgar con imparcialidad á un rey y á un reinado que de un modo tan diverso ha sido considerado por los historiadores de todos los tiempos, y hasta por sus mismos contemporáneos.

Vino Felipe II en malas condiciones á gobernar la España, pues si bien es cierto que la encontró rica en gloria, la halló pobre en dinero, lo cual no debe extrañarnos porque las grandes y costosísimas guerras que el emperador Carlos V sostuvo, habían acabado con los recursos así ordinarios como extraordinarios. Tal vez el remordimiento de tanta sangre vertida y tanto dinero gastado, fuera la causa de que el monarca mas poderoso del mundo cambiara su trono por una celda.

El hijo de este esclarecido rey, no puso remedio á tales males, pues no disminuyó los gastos y trabajó en vano por aumentar los ingresos. Todas las leyes ó pragmáticas que con este fin se dieron, fueron inútiles, y como se fundaban en falsas ideas económicas y ahorros pueriles, de ahí que no respondieran al objeto que se proponían. Tales eran por ejemplo, las que mandaban que los grandes y nobles no doraran los muebles de sus casas, ni gastaran bordados y trencillas en sus vestidos, ni pusieran en sus mesas y banquetes sino cuatro platos y dos postres.

Juntábase á la mala situación de la Hacienda, la difícil cuestión religiosa, ambas causas suficientes para poder asegurar que Felipe II empezó su reinado en malas circunstancias, como dejamos dicho. La reforma de Lutero, adquiría rápidamente prosélitos y conquistaba fuerza y preponderancia; de ahí que Felipe II fijara su atención en este punto y tratase á toda costa de impedir que la herejía penetrara en España. Para conseguirlo, la aisló completamente, lo que constituye á nuestros ojos una de las principales faltas que como monarca cometió, pues al dejarla entregada á sí misma, la separó de todo progreso material é intelectual. El fin era bueno, pero los medios empleados para alcanzarlo, fueron fatales de cualquier modo que se consideren.

Revélase en el rostro de Felipe II, como puede verse en el magnífico grabado que acompañamos, la impasibilidad mas completa; y hasta tal punto era esto que, según todos los historiadores, con el mismo semblante recibió la noticia de la victoria de Lepanto, que la de la destrucción de la flota Invencible. Gran fortuna para un rey poder manifestar de este modo su grandeza de alma; pero desgraciadamente lo mismo que era el monarca era el hombre; grave defecto que nos hace ver á éste con un corazón duro, desapiadado y desprovisto de todo sentimiento: diganlo si no el placer con que asistía á los autos de fé, el ningún afecto que conservaba á sus favoritos y validos, la indiferencia con que veía los suplicios de estos, la causa seguida al príncipe don Carlos, y hasta el proceso que se formó al Justicia Mayor de Aragón reducido á estas palabras pronunciadas por el rey: «Prendereis á don Juan de Lanuza, y haréisle luego cortar la cabeza.» Basta lo dicho para comprender el carácter del rey en lo referente á su indiferentismo; y si bien es cierto que conviene á todo monarca no dejarse llevar de sentimientos vehementes, también lo es que un reino nece-

sita para gobernarse un corazón que no sea frío como el mármol y duro como el pedernal.

Inútil es que quisiéramos examinar y juzgar á este monarca bajo su aspecto político, pues ni es tal nuestra idea, ni el sitio es á propósito para ello. Distingúase Felipe II por su prodigiosa memoria, por su estremada minuciosidad en los mas insignificantes detalles, y por ser, según una comedia de estos días:

Viva atalaya  
que en todas partes está.

Su policía era tan perfecta y su memoria tan feliz, que sabía las costumbres, antecedentes y defectos de todas las personas notables ó que pudieran sobresalir en cualquier ramo, oponiéndose siempre fundadamente á las propuestas que en favor de algunas le hacían el Consejo ó sus ministros.

El sistema de espionaje desarrollóse de una manera prodigiosa en este reinado. Los individuos del Consejo eran espías unos de otros, y así todo lo demás. Admiración causa ver lo perfectamente enterado que el monarca estaba de todo, tanto de lo que ocurría dentro del reino cuanto de lo que acontecía en las cortes extranjeras. Tal suspicacia llevado á la exageración, hace menos agradable de lo que debiera la memoria de Felipe II.

Era tan minucioso, que escribía por su mano las minutas, adicionaba, suprimía, anotaba las frases y palabras de las que sus secretarios le presentaban; reparaba en la forma de letra de la correspondencia así oficial como confidencial, ordenaba y designaba de su puño los ornamentos que habían de vestir los sacerdotes en cada festividad religiosa del año, y prescribía el color de que había de pintarse cada letra inicial de los libros de rezo y coro. Fácilmente se comprende que tanta minuciosidad y detalle eran mas propios de un oficinista que de tan gran monarca.

En su tiempo lo que mas floreció, sin duda alguna, fué la literatura, y bien puede decirse que la segunda mitad del siglo XVI fué para ella el siglo de oro.

Mas aficionado Felipe á los estudios literarios que lo había sido su padre, dejó que la inteligencia se desarrollase durante su reinado; y hasta la Inquisición, que juzgaba con tanto rigor las obras teológicas y filosóficas, era menos exigente con las producciones de la imaginación, y con los entretenimientos de la amena literatura. De modo que la poesía fué el puerto de salvación donde se refugiaron todas las personas que algun talento tenían, pues era la única parte donde podían hallar medios de desarrollar su ingenio.

Buen ejemplo es de lo dicho la majestuosa figura de fray Luis de León en su oda á la *Vida del campo*, y en su *Profecía del Tajo*. Siguieron sus huellas el bachiller Francisco de la Torre, y don Diego Hurtado de Mendoza.

Frey Lope Félix de Vega Carpio sigue á éstos, y sus composiciones y obras son tan conocidas que no hemos de ocuparnos de ellas, máxime cuando nuestro deseo es marcar aquí tan solo una especie de índice de las celebridades literarias que en tiempo de Felipe II sobresalieron.

Don Alonso de Ercilla en su *Araucana* y Balbuena en su *Bernardo*, nos dieron muestras de su saber é ingenio. Fray Diego de Hojeda en la *Cristiada*, y Luis Baraona de Soto en las *Lágrimas de Angélica*, nos prueban el ardor con que nuestros ingenios se esforzaron por alcanzar la corona épica.

En la poesía sagrada se hallan notables composiciones



de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de fray Pedro Mallon de Chaide, de fray José de Sigüenza y hasta del mismo Lope de Vega, sobresaliendo sobre todos fray Luis de León.

Cultivaron la poesía dramática, con gran fruto Torres Naharro, Lope de Rueda, Juan Timoneda, Alonso de la Vega, Cristóbal de Virues. Por último, para terminar esta ligera reseña, en aquel reinado floreció el inmortal Cervantes.

Creemos haber dicho bastante, para que nuestros lectores puedan conocer, aunque no sea de una manera tan perfecta como quisiéramos, al austero y severo Felipe II y á su reinado.

Si nos pidiérais un juicio crítico sobre él, nos sería muy difícil, sino imposible, darlo. Tuvo hechos y cosas de un gran monarca y de excelente rey, pero también alcanzó justa animadversión como hombre y como padre.

Tal es en resumen nuestra opinión, y nuestro trabajo nos satisfaría por completo si hubiéramos conseguido nuestra idea de marcar los principales rasgos característicos de un rey y un reinado tan notables bajo todos conceptos.

F.\*\*\*

### CONSECUENCIAS DE UN CAPRICHO.

¡Acaso quiero yo la muerte del impio, dice el Señor Dios, y no que se convierta y viva?—  
(EZECH.—Cap. XVIII.—v. 23.)

I.

No lejos de la mezquita de Aioub, en el arrabal que con el mismo nombre forma parte de la célebre Constantinopla del imperio griego, ó sea Stambul de los otomanos; opulenta madriguera fecunda en males y complicaciones para la Europa bajo unos y otros dominadores, se alzaba la casa del rico Hussein-pachá, respetable funcionario turco, miembro á la sazón con el título de *effendi*, del diván ó consejo del Gran Señor. A pesar de haber desempeñado graves cargos ó importantes gobiernos durante su vida, tuvo la suerte, no concedida á muchos en iguales circunstancias, de llegar á una edad avanzada, y retirarse de lo que llamariamos ahora política palpitante, sin ver entrar por sus puertas al terrible genízaro portador del fatal cordon de seda, instrumento de muerte y última prueba de aprecio que el supremo padichach dispensaba á los altos servidores del Estado que habian tenido la mala suerte de desagradarle ó escitar con sus riquezas su nunca satisfecha codicia.

Entre las infinitas mujeres de todas razas y colores que poblaban su harem, solo una esclava siciliana, á quien siempre el grave musulman prefirió notablemente, le dió una hija en la que reconcentró su cariño y esperanza, marchando á compás el contento de la jóven con la dicha del anciano y el desabrimento de la primera con la melancolia del último. He aquí la razon de hallarse tiempo hacia disgustado y meditabundo viendo ajarse aquella hermosa flor cultivada por él con tanto esmero, á impulsos de una profunda melancolia que en vano trataba de ahuyentar á costa de los mayores cuidados.

Cierto día en que la pena parecia mas apoderada del ánimo de la triste Gulnara, que tal era su nombre, habíase

retirado á un apartado pabellon sito en la cumbre de una eminencia construida en el centro de sus jardines, en torno de la cual serpenteaba un cristalino arroyo formando con sus risueñas aguas una florida isleta, donde el lánguido sance y erguido ciprés unidos en agradable consorcio por olorosas enramadas de tulipanes y rosales, daban abrigo á mil canoras avecillas que con los suaves trinos de sus arpadas lenguas aumentaban el atractivo de sitio tan privilegiado, todavia mas encantador ascendiendo á los miradores, desde los que se ofrecia á la vista un magnifico panorama quizá sin igual en el universo. Al frente Scutari, la villa de poéticos y floridos cementerios, edificada en anfiteatro sobre la costa de Asia; á otra parte la ciudad, orgullosa con sus innumerables cúpulas y minaretes que alzaban al cielo las brillantes agujas reflejando la luz del sol, y mas lejos el estenso puerto henchido de naves de todas naciones que llegaban á rendir párias al déspota coronado humillando el pabellon ante las tapias de su Serrallo á cambio de quedar autorizadas para trasportar las ricas producciones de su vasto imperio.

Pero en vano la naturaleza y el arte ofrecen sus risueños esplendores al espíritu que los contempla á través del negro prisma de la tristeza: la dueña de tan bella estancia recostada sobre blandos almohadones y aspirando lentamente en pipa de ágata con boquilla de ámbar el suave y perfumado tabaco confeccionado en Scio con destino á los harenes de Constantinopla, paseaba distraidamente su mirada sin fijarla en objeto alguno. Aun no habia cumplido diez y ocho años: sus facciones, revestidas de ese blanco mate semejante al del mármol sin pulimento que la falta de aire libre hace adquirir á las odaliscas destinadas á vivir en continuo encierro, tal vez nos parecieran algun tanto gruesas con arreglo á la idea que, siguiendo los preceptos de la estatuaría griega, tenemos formada de la belleza; mas si pequeña tacha pudiera haber en esto se hallaba compensada por el brillo de dos rasgados ojos, á los que aun daba mayor espresion el ligero tinte negro que, segun usanza de las mujeres turcas, oscurecia los bordes de sus párpados, y todo en ella, hasta el abandono de su postura, que en una europea fuera estudiada é inconveniente, pero natural en la que no esperaba ser vista de ningun otro que no fuese su padre, comunicaba á su persona un aire de voluptuosidad inesplicable: era una bacante de Praxiteles revestida con el traje oriental.

Profundo silencio reinaba á su alrededor á pesar de estar asistida de numerosas esclavas, pues no hubiera tolerado que una palabra ni un leve suspiro turbase la profunda meditacion en que se hallaba sumergida, cuando se abrió la puerta y apareció Hussein acompañado de dos eunuocos negros cargados con algunas cajas y paquetes que depositaron sobre el diván que rodeaba el aposento.

—Hija mía, alegra tu espíritu y dispónete á darme gracias por el hermoso regalo que te he preparado. Mira que preciosos diamantes de Golconda, decia el viejo mostrando los objetos que sus palabras indicaban, son unas ajorcas dignas de la sultana Validé, y solo las magníficas perlas de Seremidib que forman este collar y arracadas pueden competir con ellas. He aquí un lio que contiene ricas telas de seda tejidas en Ezeroum; aquel cofrecillo aromas del Cairo; nada falta de cuanto he considerado pudiera agradarte y á pesar de todo, luz de mis ojos, no puedo conseguir hacer brillar en tu semblante un rayo de alegría que ilumine estos cansados años dedicados á complacerte!

Continuó la jóven como si nada oyese, encastillada en



su obstinado silencio, hasta que al cabo de rato exclamó á vueltas de profundos suspiros:

—Padre, yo me siento morir.

—Por fortuna la experiencia me indica que nunca has gozado mejor salud que al presente, y que todo tu mal reside en la imaginación; pero esto mismo aumenta mi desconsuelo, viéndome privado por la reserva que guardas, de combatir el mal en su origen. Si acaso la continua presencia de un anciano es importuna á tu edad juvenil, recobra la perdida calma, pues muy pronto serás la esposa preferida del joven Ebn-Taleb, ulema apreciable y distinguido que se tendrá por feliz en llamarte su compañera.

—¡Ah, por piedad, padre mio, no sigais, que vuestras palabras me oprimen el corazón causándome una pena indecible! contestó Gulnara incorporándose sobre los cojines; basta de disimulo: haced que nadie nos oiga y sabreis el tormento que acibara mi existencia. Si despues de haberme escuchado encontrais criminal é irrealizable mi deseo, disponed de una vida que detesto, si no he de conseguir el único bien que puede hacérmela agradable.

Quedaron solos padre é hija y volvió ésta á reanudar su discurso de la siguiente manera.

—Pocas palabras serán necesarias para enteraros del origen de mi desdicha. Tal vez ni aun hayais reparado en un esclavo cristiano de vuestro amigo el Kislar-Agá (1), que todos los dias viene á traer de parte de su dueño, esas lindas flores que adornan mi habitación; pero yo, señor, á través de las celosías de mis ventanas he admirado su gallarda presencia, su gentileza, su noble ademan, y ¡cuán diferente me ha parecido de los groseros magnates que pasaban á su lado! El siervo, ellos libres; él cubierto de pobre vestimenta, ellos adornados con preciosas galas, á todos oscurecia con el aire de grandeza que naturalmente ostentaba, á despecho de la suerte que habia querido humillarle. A fuerza de hacer estas comparaciones, primero por curiosidad, luego con interés creciente, una violenta pasión se ha encendido en mi pecho, que hubiera estallado sin poder contenerla á no venir á mitigar su fuego la dulce imagen del hombre querido, siempre fija en el alma que tan avasallada tiene.

Desde las primeras palabras de la joven se habia puesto en pié Hussein y paseaba desatentado el aposento, cosa rara en un turco de tal calidad, que manifestaba claramente la sobrescisión de que su espíritu debia hallarse poseído cuando se permitia semejante descompostura; por fin no pudo sufrir mas, y parándose airado ante la doliente enamorada, exclamó:

—¡Oh sexo pérfido y liviano, justamente escluido del Paraíso por el Profeta! ¡qué bien dice el poeta Sadi que naciste para mandar si no te se hace obedecer! ¿Y he tenido paciencia para escuchar tus desenvueltas razones? ¿Con que en pago de mi excesivo cariño reservabas la vergüenza y afrenta á mis postreros años? Vuelve en tí, desgraciada, porque sin duda Eblis (2), no una pasión, es quien se halla aposentado en tu pecho. ¡Un esclavo, un perro rumi (3) marido tuyo! ¡Sin duda á consecuencia de tu matrimonio quisieras tambien que tu digno esposo te llevase á vivir al barrio de Pera, infestado con la presencia de sus correccionarios, donde sin velo ni recato pudieses dar rienda suelta á tu desenfreno siendo vista y tratada por cuantos

hombres tuvieses voluntad? Aparta lejos de mí, continuaba el enfurecido mahometano, rechazando á su hija que anegada en lágrimas se arrastraba á sus pies, pues tu contacto me causa el efecto del de una serpiente. Yo aplicaré á tu enfermedad la medicina necesaria, aun cuando pierdas la vida en la curación.

—Señor, respondió Gulnara incorporándose sobre sus rodillas viendo á su padre dispuesto á salir, mandad que se lleven esas joyas de tanto valor, pues de nada sirven á quien tiene llagado el corazón y solo debe pensar en abandonar el mundo.

—¿Con que no desistes de tu loco empeño?

—Jamás, padre, no puedo; mi vida es vuestra.

—Cuando tu madre vino á poder mio, manifestaba tanta obstinación como tú, en memoria de no sé qué amores dejados allá en su tierra, y con un rigor conveniente ayudado por el tiempo, conseguí vencer su carácter indómito: verémos si el sistema que como dueño me dió tan buenos resultados tiene la misma eficacia aplicado con la autoridad de padre.

Y sin querer escuchar observación ninguna abandonó el aposento.

Al día siguiente de este diálogo fué trasladada la joven á lo interior de las habitaciones, sin otra servidumbre que una vieja negra en cuya fidelidad tenia Hussein completa confianza. Pero tan estrecha reclusión, llevada á cabo con rigor estremo, solo sirvió para poner á Gulnara á punto de fallecer, creciendo su amoroso desvario á la par que los malos tratamientos aumentaban.

No se ocultaba á la penetración de aquel padre sin ventura el funesto desenlace que no podia menos de tener una conducta tan severa con la única prenda en quien habia cifrado todas sus afecciones, en términos que apesarado aun mas que ella misma, por los padecimientos que se veia obligado á imponer á su hija, comenzó á quebrantarse su entereza y haciendo el enojo lugar á la reflexión, púsose á pensar cómo hallaria camino que condujese á buen paradero negocio de tan graves consecuencias.

A vuelta de serias meditaciones calculó que la situación podria hacerse mas tolerable de lo que juzgaba en un principio, siempre que el favorecido esclavo consintiese en abrazar el mahometismo antes de llamarse poseedor de la enferma beldad, tan prendada de su gentil donaire. El proyecto era conveniente y acertado tratándose de un país como el otomano, donde las preocupaciones nobiliarias y privilegios de linaje son desconocidos, y á mano estaban frecuentes ejemplos de renegados ascendidos á grandes cargos, aun sin tomar en cuenta que el distinguido cuerpo de genizaros solo debió su origen á multitud de prisioneros cristianos que en tiempo de los primeros sultanes hicieron traición á su ley movidos por las grandes ventajas que se les otorgaron. Aferrado en su propósito buscó Hussein un medianero que ofreciese en el punto mismo al cautivo su rescate y la posesión de Gulnara á cambio de la fé religiosa, proposición que el nada escrupuloso caballero joh baldon, oh mengua! aceptó con regocijo entrando desde luego en el goce de su apetecida libertad y de aquella mujer desatinada, cuya loca alegría al ver colmados sus deseos cegaba su entendimiento para no vislumbrar la franca puerta que con imprudente mano habia facilitado al diluvio de males que siempre la pasión lleva consigo cuando en vez de la sensatez es el desenfreno su consejero.

Digamos ahora algunas palabras acerca del nuevo secretario musulmán.

(1) Jefe de la guardia de eunucos negros del Serrallo.

(2) Así llaman al diablo los musulmanes.

(3) Cristiano.



Su nombre era don Luis de Penalonga, su patria la nunca bien ponderada Barcelona, su edad temprana, su sangre hidalga, su condicion turbulenta desde los primeros años. Hallábase de guarnicion en Oran cuando el gobernador don Diego de Bracamonte osó desaflar con temerario arrojo á todo el poder de los infieles, pagando con su vida y la de setecientos cincuenta españoles un imprudente exceso de intrepidez, que á no ser por el oportuno socorro del duque de Veragua, hasta la misma plaza hubiera puesto en poder de los moros.

Entre los pocos que consiguieron librarse de la furia sarracena se contó nuestro gentilhombre, y no es del caso referir los rudos tratamientos á que se vió sujeto en las mazmorras de Argel y Túnez hasta ser vendido en Constantinopla, donde rescatado á caro precio trocó los hierros del cautiverio por los dulces halagos de una mujer hermosa, la molesta prision por adornadas estancias y el pobre traje é incómodo desabrigo por las ricas telas y espléndida vestidura. No puede negarse que el mancebo por su parte se daba excelente maña á disfrutar la buena fortuna, como quien á ella estaba acostumbrado y gasta de lo ageno, cosa que al respetable suegro agradaba sobremanera, viendo en el excelente garbo de su hijo adoptivo una prueba de las bizarras inclinaciones que le hacian muy notable en cuantas parte se presentaba, dando fundadas esperanzas de futuros medros bajo su amparo y proteccion. Pero ignoraba el descuidado effendi que un hombre culto nacido en una de las ciudades mas ilustradas de Europa y educado en la espiritual Italia, donde disfrutaba cuantiosa hacienda, mal podia avenirse con las bárbaras costumbres otomanas y extravagantes prácticas del Coran, sin otra sociedad que la de hombres salidos la mayor parte de ellos de la hez de las naciones y privado del trato de aquella hermosa mitad del género humano, dulce tormento de nuestra vida, que en los pueblos civilizados forma el encanto de la existencia. Así que su sorpresa fué estremada cuando tuvo noticia que puesto de acuerdo con el capitán de un buque napolitano navegaba don Luis á toda vela mas allí del estrecho de los Dardanelos, ya fuera de su alcance, llevando consigo como recuerdo una buena parte de las alhajas de su esposa.

Dejemos por ahora á este nuevo fugitivo Eneas y dispongámonos á dar cuenta en el cuadro siguiente del sitio de su arribo y sucesos que en él le acontecieron, en verdad harto peregrinos.

## II.

Ya hacia algun tiempo que Penalonga descansaba en la deliciosa Nápoles, resarciendo con los placeres que en todas épocas ha ofrecido su hermoso cielo, sereno golfo y abundosa campiña, de los padecimientos sufridos entre gente salvaje, cuando una mañana á tiempo que á salir se disponia entró á notificarle uno de sus sirvientes que don frey Martín Galcerán, comendador de la orden de Malta en la lengua de Aragon, solicitaba hablarle á solas para un asunto importante. A pesar de la sorpresa que le causó la visita de quien por sus numerosas relaciones en Oriente podia estar enterado de su vida pasada, y como miembro de una corporacion religiosa dedicada á la persecucion de infieles, venir á pedirle cuenta de ella, mediante á encontrarse fuera del gremio de la Iglesia, razon por la cual fijó su residencia en Italia donde la Inquisicion no ejercia sus rigores, dió orden para que inmediatamente fuese introducido

en su aposento el noble personaje saliendo á recibirle hasta la puerta. Pasadas las cortesias de estilo y sentados ambos, tomó el comendador la palabra en los términos siguientes:

—Veo en el semblante de vuestra merced pintada la mas viva impaciencia por saber el objeto de mi venida y no trato de teneros largo espacio atormentado por la curiosidad, si bien para esclarecer los hechos me es preciso tomarlos desde una fecha anterior al momento presente: escuchad, que seré muy breve. La orden á que tengo el honor de pertenecer (aunque indigno) averiguó hace algunos meses, por uno de los confidentes que mantiene en los países mahometanos, que en el puerto de Constantinopla se aprestaba con el mayor sigilo una velera embarcacion comandada por un arraez, famoso pirata, con objeto de hacer el corso en las islas y costas del mar Adriático. Sin pararse en mi poco mérito, el gran maestre dispuso me hiciese á la mar con una galera bien tripulada y el encargo de buscar al corsario por todas partes. Al cabo de muchas diligencias inútiles, pero casi siempre navegando en sus aguas y sin dejarle tomar tierra en sitio alguno, conseguí darle caza á la altura de las islas Curzolari: el combate fué obstinado y sangriento, pero Dios volvió por su causa, y á las pocas horas el buque enemigo desmantelado y sin timon era conducido á remolque del mio, su capitán colgaba ahorcado de una entena y los que le guarnecian esperaban encadenados el castigo que quisiera imponerles. Mas ¡cosa rara en las embarcaciones infieles! una mujer, tambien mahometana, se hallaba á bordo, la cual sabiendo mi cualidad de español, y animada con la proteccion debida que la dispensé desde luego poniéndola á cubierto de todo insulto, me preguntó en italiano si conocia vuestro nombre y lugar donde residieseis, revelándome así mismo las muchas deudas que con ella teniais contraidas, y su firme propósito al huir de la casa paterna de recorrer buscandoos los dominios del rey católico. Conmovido por su desgracia y no pudiendo darla cuenta de vuestra merced, por serme desconocido, la empené mi palabra de ayudarla en sus justas investigaciones; empeño que actualmente tengo la dicha de ver cumplido ofreciendo á un compatriota la ocasion de atraer un alma á la verdadera fé, y á una amante leal digna de ser elevada á legítima esposa, el cariño de un hombre á quien únicamente el deseo de vivir libre en tierra de cristianos puede hasta ahora justificar de su abandono.

Tentado estuvo Penalonga de echar enhoramala al importuno que con tan mal recado le venia, y seguramente no hubiera dejado de hacerlo á ser otro el tercero en aquel negocio, pero el grave y marcial aspecto de don Martín indicaba bien á las claras no ser hecho á propósito para sufrir palabras malsonantes, por lo que conteniendo sus arrebatos solo acertó á balbucear:

—Es verdad que los muchos asuntos que he tenido que poner en orden, al cabo de tanto tiempo de ausencia, me han hecho olvidar..... y luego la dificultad de hacer saber mi paradero á esa musulmana.....

—Basta, interrumpió Galcerán levantándose, no soy vuestro confesor. Dentro de poco estará aquí esa jóven con cuanto la pertenece: considerad que ante Dios no podeis tener otra esposa, de consiguiente solo debo repetiros con San Pablo: *Compañera os doy, no sierva*: si la tratáseis como á tal, segun la ley civil la designa, á consecuencia de haber sido apresada en una embarcacion pirata, seriais un infame, cuando yo á quien pertenece la declaro libre y parto á una expedicion remota, dejándola en vuestro poder



confiado en que cumplireis vuestras obligaciones como debe un español bien nacido.

Y esto dicho, saludando á don Luis salió de la habitación.

La entrevista de Gulnara con su infiel consorte fué bien desagradable para aquella, á pesar de lo amortiguado que existe el sentimiento de la propia dignidad en el pecho de las mujeres sarracenas, acostumbradas á no considerarse nacidas para otra cosa que el servicio y regalo del hombre: la contrariedad que á su presencia manifestaba el con tanta solicitud buscado por ella, no la dejó ninguna duda acerca de la suerte que podía prometerse. Desde luego fué despojada de los muchos objetos de valor que consigo trajo, pasando á manos de su pródigo dueño á dar pábulo al afán por el lujo y la disipación que siempre le dominó. En los frecuentes convites que éste ofrecía á los muchos amigos que siempre tiene el que lo paga bien y de nadie necesita, la bella musulmana desempeñaba un papel importante, pero no como debe hacerlo una esposa, ni siquiera una amiga querida, sino como un mueble precioso, una obra de arte ó un pájaro de brillantes plumas que su poseedor manifiesta á los demás para hacer ostentación de su buena fortuna. Cuando á la conclusión de un festín, llamada por Peñalonga á escanciarle la copa, se veía precisada la jóven á servir de blanco adornada con su pintoresco traje á las indiscretas miradas de una caterva de jóvenes, aturridos por el vino y alentados en su curiosa impertinencia y desembozado lenguaje por el anfitrión, se la desgarraba el alma de vergüenza y sentimiento, no comprendiendo cómo era posible hubiese un hombre tan villano que así tratase á la que se había llamado suya. ¡Y con todo esto continuaba amándole y se consideraba feliz en disfrutar su compañía! Estaba lejos de calcular la desgraciada, aun viéndose objeto de tanta humillación, el golpe cruel que la estaba reservado.

Hallábase don Luis una noche en cierta casa de juego, macilento y azaz mohino por haber perdido hasta el último ducado de que á la sazón podía disponer. Confundido entre el grupo de ávidos jugadores, atormentaba su imaginación siguiendo con la vista los diversos azares de la suerte, que parecía burlarse de él haciéndole ganar con la fantasía tanto como había perdido jugando en realidad. Mortificado por este engaño de la fortuna, su mal humor rayaba en desesperación contenida, cuando dándose una palmada en la frente como á quien le ocurre una buena idea para salir de un mal paso, se dirigió atropellado á uno de los mas gananciosos, con quien mantenía relaciones íntimas de amistad, y llamándole aparte le dijo en voz baja:

—Dime, Caracciolo, ¿qué te parece mi esclava turca?

—Hermosísima, encantadora, ya te lo he dicho varias veces: no puede negarse que eres un afortunado bribón.

—Pues de tí depende que te pertenezca desde luego.

—¿Hablas de veras?... pero no: vaya, yo creía que esta noche no debías estar para burlas; pero si lo tomas así haces bien, porque das una prueba de generoso desprendimiento.

—¡Vive Dios que nunca he hablado con tanta seriedad, y si me entregas dos mil escudos en el acto puedes considerar como tuya esa belleza que tanto te agrada.

—¿Palabra de caballero?

—Estas es mi mano, marqués.

—Negocio concluido. Ven y serás satisfecho inmediatamente.

Y aproximándose á un extremo de la sala vació sus bolsillos sobre una mesa, entregando á Peñalonga la cantidad convenida, con la que se abalanzó anhelante sobre el fatal

tapete verde á desafiar de nuevo la fuerza del destino, que al cabo de algunos engañosos momentos favorables le hizo experimentar otra vez mas sus rigores, saliendo al fin de aquella madriguera sin blanca en la bolsa y encenagado su pundonor con una nueva felonía.

Dirigiéronse ambos contratantes á la posada del vendedor de Gulnara á la sazón que daba treguas con el sueño á su continua desdicha. Uno y otro llegaron hasta la alcoba de la jóven sin que sirviese de obstáculo á Peñalonga la consideración de no turbar su reposo, ni mucho menos ofender su recato, para descender de improviso las cortinas del lecho ofreciéndola asustada y soñolienta á la vista de su amigo.

—Levántate, la dijo bruscamente sin darle tiempo á recombrarse de su sobresalto, y dispónete á seguir á tu nuevo poseedor, el señor marqués de Caracciolo, á quien acabo de venderle.

Atenta solo á componer la desarreglada ropa, no había tenido espacio la infeliz de darse cuenta de lo que á su alrededor pasaba, pero al escuchar las palabras que su perjuro amante la dirigía fijó en él su vista estraviada, y desconcertado el semblante con la sorpresa,

—¿Es cierto lo que oigo? exclamó ¿qué has dicho? dueño y señor mío ¿yo vendida como esclava? ¡ah, no es posible! no puede caber en tu pecho crueldad tan estremada. Mas te ruego por el constante amor que siempre te he conservado disipes la incertidumbre que me destroza el corazón: dí que solo has querido usar conmigo una ligera chanza con objeto de experimentar por el efecto que producía, si mi cariño continuaba inalterable, para despues desengañado volver á mis brazos amante y gozoso, cual en mejores tiempos acontecía.

—Vístete pronto, pues lo que te digo es cierto, la respondió don Luis, y dirigiéndose á Caracciolo: es cosa rara, continuó, lo que me sucede en este asunto, nadie quiere dar crédito á mis razones cuando en ellas no hay cosa que deje de ser natural: una mujer turca se compra y vende como una bestia cualquiera.

—¿Con que es verdad, hombre inhumano y desnaturalizado? repuso la jóven ¿ha llegado á su colmo mi afrenta y envilecimiento? pues bien, ya que la desventura de esta abandonada esposa á quien todo lo debes no puede conmover tus entrañas, te advierto que no me venderás á mi sola.

—¡Pesia tal! ¿en esa disposición te encuentras? Entonces, marqués, tendremos que rescindir el contrato: si te conviene quedarte con madre é hijo será necesario que aumentes algo al precio desembolsado.

—A fe que eres un mercader inteligente en el comercio de carne humana, contestó riendo Caracciolo, bien has aprovechado tu residencia en los países donde se halla establecido; mas por mi vida que este incidente no ha de alterar la marcha del asunto, yo prometo satisfacerte de manera que no salgas perjudicado en un ardite.

El llanto se había secado en los ojos de Gulnara, ni un sollozo exhalaba su pecho; el fulgor sombrío que iluminaba su espresivo semblante la comunicaba una belleza terrible é infernal, si nos es permitido decirlo así: sin duda Satanás regocijado por aquella escena le comunicó algun proyecto endemoniado en que se propuso ayudarla, pues con una calma fatídica deslizándose del lecho por la parte opuesta á la en que se hallaban los ilustres rufianes que así traficaban con todos los sentimientos sagrados y nobles que la Divinidad ha impreso en el corazón humano, y tomando sus vestidos, razonaba consigo de este modo:





—Padre querido, que con tanto afán cuidabas de mi juventud, encaminándola por el recto sendero de que yo me aparté loca de amor: deliciosas riberas del Bósforo, á la sombra de cuyos plátanos pasé feliz los años de la infancia; ya no volveré á veros. Tratada con torpe menosprecio por el hombre á quien arrastrada de ciego frenesí consagré mi vida entera: comprada como vil juguete y torpe mercancía por un digno compañero de sus maldades, solo me resta morir, y únicamente la esperanza de librarme de tan humillante situación, devolviendo al mismo tiempo á los autores de ella los horrores que me hacen experimentar, sostendrá mi existencia hasta imponerles á ellos el castigo correspondiente á su criminal proceder, á mi la pena reclamada por tan obstinado error. ¿Os reis? sea en buen hora, pero tened presente que algun día se convertirá en llanto vuestro regocijo, conociendo, aunque tarde, hasta donde puede llevar su venganza una mujer ultrajada de modo tan indigno. Ea, marchemos: estoy dispuesta á obedecer á el amo que me ha tocado en suerte. Así estaba escrito.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número siguiente).

## LA AMERICA TAL CUAL ES.

(Continuacion).

### CAPITULO VIII.

Partida de Nueva York.—Los steamboats.—Primer ensayo de navegacion al vapor en el Hudson.—El Savannah en Liverpool.—Hoboken.—El fuerte Lee.—Las empalizadas.—Manhattanville.—Prudente advertencia.—High Bridge.—Fuerte Washington.—Spuyten Daniel Creek.—Sunny Side.—Mar de Japán.—Sing Sing, prision de Estado.—La escuela militar de Westpoint.—Monumento conmemorativo en honor de Kosciusko.—Algunas palabras sobre su vida.—El fuerte Putnam.—La traicion de Arnold.—Albany.—Los cocheros.—Como se desembarca.—El camino de Albany á Búfalo.—El caza-vacas.—Una estacion imaginaria.—Búfalo.—Llegamos á las cataratas del Niágara.

Nada mas hermoso, mas rico y mas cómodo tambien, que los steamboats que recorren el trayecto de el Hudson. Son verdaderos palacios flotantes iluminados con gas, que os llevan de Nueva York á Albany (150 millas) por la mínima suma de cinco francos en ocho ó nueve horas. Al partir, el golpe de vista es de los mas animados. El puente del buque y la barandilla que le coronan están cargados de cuatrocientos á quinientos viajeros que saludan alegremente á los amigos menos privilegiados, forzados á quedar en Nueva York por sus negocios. A una señal dada, el buque, como un cisne gigantesco, del que tiene la gracia y la blancura inmaculada, se aleja, lentamente al principio, batiendo con precaucion y mesura el agua con sus largas paletas de hierro. Bien pronto se apresura y se lanza por el hermoso y profundo rio, á razón de 16 á 20 millas por hora. A las dos orillas vimos curiosos ejércitos de anteojos de larga vista que miran pasar el steamboat, el cual surca su lecho con tal fuerza y viveza, que levanta una columna de agua de ocho á diez pies de altura. Este es el húmedo resplandor de aquella divinidad acuática.

Ya he dicho que se compara el Hudson al Rhin.

Algunos europeos hallan que esto es demasiado honor

para el Hudson, porque si bien las riberas de este no son menos bellas que las de aquel, no presenta las ruinas feudales á las cuales están unidas tantas leyendas tiernas ó trágicas.

Pero si el Hudson no ha sido testigo de ninguna historia caballeresca, recuerda las luchas supremas del genio de Fulton dando al mundo la mas grande de las invenciones modernas, la navegacion por medio del vapor. Esto equivale bien á una leyenda. ¡Qué viajero no se ha impresionado al recorrer aquellas aguas por donde la primera vez, á pesar de los desconfiados, de los incrédulos y de los tontos, Fulton, montando sobre el primer buque de vapor, dió á la ciencia la solemne demostracion de su principio! En efecto, el primer viaje ejecutado por el primer buque de vapor fué de Nueva York á Albany, y nosotros contemplamos el sitio mismo donde tuvo lugar la primera vuelta de las ruedas del buque, cuya influencia incalculable, iba á modificar tan profundamente los destinos de la humanidad entera.

El problema estaba resuelto, aunque buen número de personas le consideraban todavía como insoluble. Era sin embargo preciso ceder á la evidencia; y aun ciertos sábios estaban haciendo estudios para reconocer la posibilidad de la navegacion de los buques de vapor por las costas y los rios, declarando que jamás un steamer atravesaria el Océano, cuando ya centenares de bajeles de esta clase surcaban por todas partes. ¡Y esta opinion de algunos sábios americanos era sostenida por otros sábios europeos, que escribieron con este motivo muy hermosas memorias! Pero, mientras escribian estas memorias, un barco de tres mástiles, el *Savannah*, de porte de 380 toneladas, provisto de una máquina horizontal, partia de Savannah (Georgia), el 26 de mayo de 1829 con destino á Liverpool. Despues de una navegacion de veinticinco dias, durante los cuales la máquina no habia funcionado mas que ocho, el *Savannah* llegó á vista de las costas de Inglaterra. No temiendo ya carecer de combustible, el capitán ordenó quitar las velas y caminar á todo vapor. ¡Qué entrada! La vista de este nuevo buque, viniendo de lejos sin ninguna vela, excitó la mas viva admiracion en Inglaterra.

Como el *Savannah* remontaba el canal de San Jorge, viendo el comandante de una division inglesa venir hacia él un buque á palo seco y coronado de un espeso humo que parecia escaparse de la arboladura, le creyó incendiado, y despues de haber anclado en sus aguas, envió dos lanchas en su socorro; pero, despues que hubo reconocido su error, se dirigió él mismo á bordo del steamer para examinar atentamente aquella maravilla. A su llegada á los docks de Liverpool, el buque fué recibido con hurras de entusiasmo, y el capitán se vió felicitado por todas las corporaciones de la ciudad.

Volvamos á nuestro viaje.

Despues de abandonar el muelle, pasamos por delante de Hoboken, especie de poblachon situado en frente de Nueva York, y que se le puede considerar como uno de los arrabales de esta ciudad con Broocklin, que hace juego con él en la orilla del Este.

Hoboken es sobre todo muy frecuentado en el tiempo de los calores, que algunas veces son insoportables en la ciudad imperial cuando la brisa del mar no la refresca. Hallanse en Hoboken hermosas sombras, finas praderas y arboledas gigantescas á las cuales se ha dado el nombre de Campos Eliseos.

Perdimos de vista á Hoboken para divisar á nuestra izquierda las alturas de Bergen, mientras que á nuestra dere-



cha se presentaban, sobre toda la longitud de los muelles, los 1,400 á 1,500 buques procedentes de todas las partes del globo, y cuyos mástiles, que de lejos parecen entremezclados, forman como un bosque de árboles sin hojas.

Un poco mas arriba aparece el fuerte Lee, donde comienzan lo que se llama las Empalizadas.

Dar á este puesto el nombre de fuerte es en verdad hacerle mucho honor.

Es sencillamente una pequeña reunion de barracas guardadas, no se por qué, por un débil destacamento de tropas regulares.

Las Empalizadas comprenden una línea de rocas de 25 millas de largo que forman la orilla izquierda del Hudson.

La altura de estas rocas varia de 50 á 200 pies y están cortadas á pico en la orilla.

El viajero que pasa de noche por delante de las Empalizadas las tomaria buenamente por las murallas de una formidable fortaleza.

Pero el buque avanza sin cesar, y las miradas no pueden posarse mucho tiempo sobre los mismos objetos.

Nuestra pluma hará como las miradas.

He ahí á Manhattanville, pueblo encantador situado en un valle y rodeado de colinas del efecto mas pintoresco. Fué la residencia del famoso naturalista americano Audubon. Toda esta parte de la orilla está sembrada de elegantes quintas adonde va á respirar durante la bella estacion una



La ribera del Hudson, entre Nueva York y Albany.—Dibujo de Stock.

parte de la aristocracia mercantil (allí no hay otra) de Nueva York, la ciudad por excelencia del negocio.

Las detenidas del vapor son frecuentes, lo que es muy agradable para el viajero de placer, y que da lugar á lo siguiente, observacion de costumbres.

A distancia de una ó dos millas antes de cada estacion, un negro da la vuelta al buque agitando una campanilla que lleva en la mano: dice en alta voz el nombre de la estacion y advierte á los viajeros que quieran bajar *no pierdan de vista sus equipajes*. Hay en efecto siempre á bordo de los steamboats un cierto número de *aturdidos* que cambian vuestros equipajes con los suyos, si no teneis en cuenta la útil observacion del negro de la campana.

Algunas vueltas mas de las ruedas, y pasamos el *High Bridge*, majestuoso acueducto construido sobre el rio Har-

lem, que sirve tambien de puente á los viandantes y á los carruajes. El rio en este sitio tiene 600 pies de ancho. El acueducto tiene ocho arcos de 80 pies de altura y se eleva á 110 pies sobre el agua. Su longitud llega á una milla 450 pies. Ha costado 900,000 duros. Este magnifico acueducto lleva á Nueva York las aguas puras y muy potables del rio Croton. El *High Bridge*, con todos los demás trabajos ejecutados para el abastecimiento de la ciudad imperial, atestigua lo atrevido de las empresas en América, y prueba que jamás falta el dinero para ejecutar una obra útil. El todo ha costado 70.000,000 de francos.

Avanzando siempre, vimos desfilir como un panorama semoviente la ribera de rocas escarpadas conocidas con el nombre de Fuerte Washington. Este sitio fué el teatro de un combate de los mas sangrientos entre los patriotas ame-



ricanos y los ingleses en la época de la independencia. Los ingleses perdieron allí 800 hombres, lo que no les impidió causar mucho daño a los americanos.

Pero el steamer no nos dió tiempo de enternecernos, ni de exaltarnos con estos recuerdos de carnicería y de gloria. Sirviéndonos de nuestro antejo para ver mejor, percibimos á *Spuylen Daniel Creek*, riachuelo que desagua en el Harlem y forma el límite septentrional de la isla de Manhattan.

Al pasar por delante de Hastings, tocamos en la estrechidad de las Empalizadas.

Sobre la orilla derecha, Arturo hizo notar al coronel *Sunny Side* que fué la residencia del ilustre autor de la *Vida de Washington*, y que él mismo se llamaba Washington Irving. Esta linda morada es apenas visible á través del espeso follaje que la rodea por todas partes.

Yo saludé á la vivienda del historiador filósofo, cuyo carácter estaba á la altura de su talento, y mi vista tropezó con el pueblecillo denominado Jappan. Aquí se ensancha el río bruscamente y de tal modo, que se le designa con estas palabras: *Jappan sea* (mar de Jappan). Asimismo es un lugar histórico.

En este sitio, en efecto, Washington fijó su cuartel general durante la guerra de la independencia. También aquí fué pasado por las armas un traidor, el mayor André.

Tocamos con la ciudad de Sing-Sing, célebre por su prision de Estado, en la cual los americanos han puesto en práctica un sistema de detención que ha servido de modelo en Francia, en Inglaterra y en algunos otros países de Europa. La penalidad mas fuerte que inflige el código americano es, despues de la muerte, diez años de trabajos forzados. En algun caso se puede traspasar este tiempo, pero se fuerza al prisionero á trabajar. En Sing-Sing (literalmente canta, canta), todos los condenados ejercen una profesion manual, y el establecimiento no es mas que un taller continuado. Para castigar á los perezosos y revoltosos y obligarles á trabajar, no se emplea mas que un remedio, pero es heroico. Se somete al recaleitrante á un enorme chorro de agua fria, en estio como en invierno; despues de algun tiempo de este régimen, los mas endurecidos se vuelven dóciles como perros de caza, y dulces como corderos. El edificio es de cincuenta pies de fachada, que da al río. Como arquitectura no presenta nada de notable. Es un pequeño departamento de cuatro ó cinco órdenes de pequeñas ventanas uniformes. Está construido con mármol de canteras próximas.

—Arturo, dijo el coronel á nuestro guia, hallo que falta alguna cosa en Sing-Sing para ser completo.

Arturo miró fijamente á sir James que sonreia: despues de algunos instantes de reflexion:

—Sí, dijo de pronto, falta mi ex-sócio.

El coronel se inclinó en señal de asentimiento.

Echamos una mirada distraida sobre Peckskill, sobre el lugarejo de Croton y sobre las cascadas de Buttermilk, cuyas aguas tumultuosas caen de una altura de 200 pies. ¡Pero qué son estas cascadas al lado de las cataratas del Niágara, cuya magnificencia salvaje ibamos á contemplar!

Llegamos á Westpoint, en donde se halla establecida la grande escuela militar de los Estados Unidos.

De Westpoint es de donde han salido casi todos los oficiales notables de la Union.

Esta escuela militar se halla situada en la cumbre de un

SEGUNDA SERIE.—1865.

sitio de la orilla muy escarpado y muy elevado, que se termina de pronto por una plataforma natural que sirve de campo de maniobras.

Cuando pasamos por delante de esta plataforma, ofrecia el golpe de vista mas pintoresco y mas animado.

Se hallaba cubierta de centenares de tiendas de una blancura que hacia mas brillante los rayos del sol.

Las banderas flotaban al viento, y el son del clarin, unido al del tambor y de los pífanos, se repetia alegre y marcial de roca en roca.

Un número considerable de alumnos se ejercitaban en las maniobras.

¿Quién hubiera podido preveer entonces que aquellos jóvenes militares, educados para la defensa del país, emplearian su talento y sus armas para sostener la mas cruel y la mas lamentable de las guerras civiles de que jamás pueblo alguno ha dado ejemplo!

Bajo el punto de vista arquitectónico, la critica de este edificio puede hacerse en dos palabras: es una copia en mármol del templo de Diana, cuyo estilo de arquitectura adoran los americanos.

Lo que en Westpoint llama mas vivamente la atencion del europeo, y lo que evoca tristes sucesos de la historia contemporánea, es un monumento sencillo, pero elegante, tallado en mármol blanco, y que en lo alto de la esplanada domina el río, seguramente el mas hermoso del mundo. Este monumento es un recuerdo en honor del gran patriota polaco Kosciusko, que habitó mucho tiempo en Westpoint, y ganó sus primeros laureles siguiendo á Washington.

Kosciusko fué educado en la escuela militar de Varsovia, de donde fué enviado á Paris para completar su instruccion. De vuelta en Polonia, no tardó en partir para América que acababa de levantar la bandera de la independencia nacional, donde combatió al lado de Washington hasta obtener el empleo de coronel. Abandonó la América cuando los últimos ingleses dejaron las costas de los Estados Unidos, y volvió á Polonia, donde peleó por su independencia vanamente, hasta que fué derrotado, herido y hecho prisionero. Al advenimiento al trono de Pablo I, recobró su libertad, y aun se le quiso devolver su espada, que rehusó, puesto que no tenia ya patria á cuyo servicio ponerla. En 1797, atravesó de nuevo el Océano, y fué recibido con honor y simpatia por el pueblo americano, cuyo gobierno le concedió una pension. Queriendo llorar de cerca á su desdichada Polonia, Kosciusko volvió á Europa al año siguiente, y murió en Suiza, arrojado con su caballo á un precipicio. Despues de haber emancipado los siervos que tenia en sus propiedades en Polonia, dejó un legado para el rescate de esclavos en Virginia y proveer á su instruccion. Para honrar tantas virtudes y desgracias, los ciudadanos americanos erigieron un monumento á Kosciusko. Todavía se enseña el pequeño jardín que cultivaba en Westpoint.

El fuerte Putnam, que dominaba al río en este sitio, tenia una gran importancia en el tiempo en que Washington combatia á los ingleses. Hoy está arruinado. Este es el fuerte que Arnold, vendido al gobierno británico, quiso entregar á los ingleses.

Pasando de Westpoint, el buque navega entre dos hileras de altas montañas y pasa por delante de muchos pueblos, que se crearian edificadas únicamente para recrear la vista del viajero; tan propios son, tan pintorescos y tan bien situados por la naturaleza. Diferéncianse esencialmente de nuestros villorrios europeos, nacidos villorrios, y condena-

AÑO XXIII. 14



dos á permanecer en este estado hasta la consumacion de los siglos. Todo pueblecillo americano se construye en vías de un desenvolvimiento rápido. Así, aunque esté compuesto de pocas casas, están alineadas y trazadas largas calles para el porvenir, y no falta un hotel ó un templo calvinista de madera, presbiteriano, católico ó metodista, según los votos de la mayoría de los habitantes.

Tocamos por fin en Albany, despues de un paseo, que fué para nuestros ojos una série de sorpresas y de placeres sin cesar renovados. Detúvose el vapor en un muelle de donde parte una calle de sesenta metros de largo, en medio de elegantes construcciones, al fin de la cual, con bastante elevacion, domina el Capitolio, semejante en todas partes al de Washington. Albany es la residencia de muchas de las mas antiguas y de las mas ricas familias del Estado. Casi toda la actividad de la ciudad es debida al enorme tránsito de mercancías y de viajeros que tiene lugar por allí durante todo el año.

Hállase colocada la plancha que debe servir para el descenso de los viajeros, y á su estremidad se agrupan los cocheros de los carruajes de los hoteles, que os alargan las señas atadas al extremo de sus fustas extraordinariamente largas. Esto produce un concierto, ó mas bien una algaraza de voces, entre las que la nota aguda que os llega siempre al oído, es la palabra *hotel*. Desde hace algunos años la policía ha intervenido en esta batahola de los cocheros para subir á bordo. Os cogian literalmente por fuerza, les perteneciais, érais su cosa, os conducian á donde querían, disponian de vuestro bagaje como les parecia mejor, y os hacian pagar todas estas complacencias por la tasa de su fantasia. Ahora bien, como cada steamboat trasporta á Albany ochocientos ó novecientos viajeros, podreis figuraros el hermoso tumulto que se produciría. Hoy es otra cosa.

—Sin embargo, señores, tened mucho cuidado, dijo Arturo dirigiéndose á sir James y á mí, con los centenares de cocheros y todos los hombres que nos esperan en tierra. Van á hablaros, pero no los respondais, sea lo que quiera lo que os digan. Quizá os pregunten qué hora es, ó si el viaje ha sido bueno; si teneis la desgracia de sacar vuestro reloj para satisfacerles ó pronunciar una sola palabra, fingirán tomar vuestras acciones ó vuestras palabras por una orden, y entonces se arrojan el uno sobre vuestra maleta, el otro sobre vuestra sombrerera, mientras que un tercero os arrastra hasta su largo carruaje de color de sangre de toro ó verde de Azoff, y os conduce de buen ó mal grado al gran trote de sus caballos al hotel de su eleccion. Muy dichoso en este caso, si al llegar no os veis obligado á dirigir un telegrama al Canadá ó á Buffalo para reclamar una maleta extraviada, que se halla..... rara vez.

—Basta, dijo el coronel, seremos discretos como un sepulcro, y silenciosos como Harpócrates en frente de todos los cocheros.

Desembarcamos, y pudimos eludir los lazos que se nos tendian, gracias á la experiencia de Arturo y á sus hábiles maniobras, quedando dueños de nuestros bagajes y de nuestras personas, que hicimos conducir al hotel que mas nos agradó. En medio de aquella barahunda, de que el lector podrá formarse idea, fuimos testigos de una escena á la vez triste y burlesca. Al mismo tiempo que nosotros, desembarcó una familia de emigrados alemanes que, procedentes de su aldea, iban á establecerse en el Oeste. Esta familia se componia del padre, de un jóven de veinte años, de dos mancebos y de la abuela, ya de edad de setenta y cinco

años. Ninguno de ellos sabia una palabra de inglés. ¡Qué bella presa para los cocheros y sus afiliados! Un cochero se abalanza al jefe de la familia, y le hace comprender que no tiene que inquietarse por nada, y que él se encarga de todo mediante cierta suma. El alemán, sencillo y confiado como todos los habitantes del campo de su país, da repetidamente las gracias al oficioso, paga, y espera. Bien pronto, sin embargo, se pregunta cómo aquel buen hombre habia podido adivinar el lugar de su destino. Una duda atraviesa su mente, se turba y quiere explicarse. Era demasiado tarde; su hija habia marchado á un hotel cualquiera, sus hijos habian sido trasportados á bordo de un steamer que acababa de dejar el muelle, y el cochero habia decidido que el jefe de la familia y la abuela tomasen el camino de hierro de Buffalo. Desesperábanse los dos pobres emigrados, y se les hizo esperar que su hija les seria devuelta dentro de una hora, y sus hijos pasados dos dias.

Albany es una linda ciudad, rica en bellas casas particulares, pero que no encierra mas que dos monumentos dignos de fijar la atencion: la catedral católica y el Capitolio, curiosa mezcla de los géneros egipcio, griego, romano, gótico y moderno.

Un dia nos bastó para ver á Albany, y por invitacion del coronel nos dispusimos á continuar nuestra marcha hacia las cataratas del Niágara, en las cuales sir James habia pensado poner fin á sus dias. Tomamos el camino de hierro hasta Buffalo, teniendo la intencion, al llegar á esta ciudad, de continuar en un coche particular nuestro viaje hasta las famosas Cataratas.

Los caminos de hierro en América tienen una fisonomía esencialmente original. Los trenes no están formados, como en Europa, de wagones de diferentes clases. La igualdad mas perfecta reina en los caminos de hierro, lo mismo que en los teatros americanos, donde de ordinario no hay mas que una categoría de asientos. El tren que tomamos se componia de cuatro ó cinco largos cajones colocados sobre ejes de pivote, con cuatro ruedas cada uno. Esta clase de ejes es indispensable allí, porque permite al convoy adaptarse á las numerosas curvas y con frecuencia muy bruscas que se encuentran en corto trecho. Estos grandes cajones encierran asientos con respaldo de madera, sin rehenchir, pero que se doblan sobre sí, de manera que permitan al viajero el ir á su agrado, bien inclinado adelante ó atrás. Los cajones ó coches comunican unos con otros, pudiendo el viajero pasearse por toda la longitud del tren, y cambiar de sitio en el camino si le place. En invierno el calorifero calienta todo el tren. Hay además en estos carruajes un cuartito separado con un diván á disposicion del primero que lo ocupa, y otros dos gabinetes, el primero para el servicio del prendido, que contiene una fuente de agua helada y un vaso atado á ella: sobre la puerta del otro gabinete se lee: *Water closet*. En el camino, el conductor deja subir jóvenes que andan de un extremo á otro del tren, vendiendo tortas, periódicos, libros y cigarros. Se les ve descender en la estacion siguiente para esplotar á un nuevo tren, y esto continúa todo el viaje. Las vías americanas no tienen vallas. Así se encuentran muchas veces bestias echadas sobre los rails. Para espantarlas de allí, el conductor de la máquina da algunos vigorosos silbidos. Si el animal persiste en quedar sobre la vía, el convoy no se detiene por esto. El caso está previsto, y todas las locomotoras americanas llevan delante una especie de tablero adelgazado, é inclinado verticalmente á derecha é izquierda, que se designa con el nombre significativo de *caza-vaca*. La vaca es en efecto cazada



si se hace sorda á la advertencia del silbato, y tan bien cazada, que no vuelve á pacer mas. De tiempo en tiempo, el viajero, al asomar la cabeza por las ventanillas de su wagon, percibe una vaca en el aire, que vuelve á caer inerte pendiente de los cuernos. Es el caza-vaca que hace su oficio. Ningun sacudimiento se nota, ni nada ha cambiado en América; solo hay una vaca imprudente de menos.

Esta clase de accidentes son tan frecuentes, que ha sido preciso decidir que ningun propietario de animales podrá reclamar indemnizacion á las compañías por las vacas cazadas por los trenes.

El convoy que nos lleva atraviesa, con sorpresa del coronel y mía, muchas ciudades por medio de las calles mas populosas; los coches, los transeúntes, los niños que juegan, se apartan tranquilamente, y es raro el percance que ocurre. El hábito de velar por la conservacion hace que se vuelvan prudentes sin poltronería y que se juzgue mejor del peligro y de los medios de evitarle. Es verdad que cuando el tren atraviesa una ciudad su avance es muy lento y la gran campana colocada sobre la locomotora no cesa de sonar. En ninguna parte hay mas economía en los caminos de hierro que en América, y no se ven en ellos barreras en los sitios que están cruzados por caminos ordinarios. A la verdad que sería casi imposible sostener guardas en puntos con frecuencia muy lejanos de todo centro de poblacion, á menos de no hacer grandes sacrificios pecuniarios, los cuales no son muy del gusto de las compañías de los Estados Unidos. Se ha reemplazado con economía los guardas con carteles en la bifurcacion de los caminos, en los cuales se lee en letras gruesas: *Look out for the locomotive, when the bell ring*: lo que quiere decir: «Tened cuidado de la locomotora cuando oigais sonar la campana.»

Los trenes del camino de hierro os proporcionan sorpresas bastante originales en América. En medio de un verdadero desierto, en donde no se percibe ni aun una vaca imprudente que cazar, deteniéndose el tren, y un empleado pronuncia el nombre de una estacion.

El coronel y yo miramos curiosamente alrededor nuestro, buscando indicio de alguna habitacion.

—Pero, dijo sir James dirigiéndose á Arturo, no veo aqui ninguna estacion.

—No la hay, en efecto, respondió nuestro guia, pero la habrá quizá dentro de algun tiempo. Mientras tanto el convoy se detiene aqui, se la marca con el nombre que hay intencion de ponerla un día, nadie baja sabiéndolo, ni se ve alma viviente nunca, pero esto hace buen efecto en las cartas geográficas.

—Decididamente, dijo el coronel soltando una carcajada, el pueblo americano está amasado agradablemente, y soy muy feliz en conocerle.

—No os riais, coronel, replicó Arturo, esto no es tan ridiculo como parece lo creéis. En América, el camino de hierro es la picota de la civilizacion. Penetra en los desiertos, y los desiertos se pueblan en seguida. Ha sucedido con frecuencia que los fondines establecidos y sostenidos por las compañías en plenas soledades, han sido el núcleo de pueblos transformados como por milagro en ciudades de una importancia considerable. Esto consiste en que el pueblo americano es un gran pueblo,, es preciso no engañarse. ¡Por qué la policia estará tan mal montada que los picaros puedan saquearos impunemente!

—Mi pobre Arturo, le dije yo, ¿seguis pensando en vuestro infiel asociado?

—Pensaré en él, replicó, hasta que haya descubierto, á

fuerza de reflexionar, los medios de apoderarme de su persona.

—Reflexionad, reflexionad, dijo irónicamente el coronel: si esto no es bueno para vuestro ex-sócio, tampoco le hace daño.

A la aproximacion de Búffalo, el paisaje se vuelve salvaje é inculto en ciertos sitios. De trecho en trecho solamente se percibe, en medio de masas de una vegetacion vigorosa y virgen, lo que se llama en América un *log-house*. Esta es una cabaña hecha de troncos de árboles nuevos de diez á quince pies de alto, colocados los unos sobre los otros en ángulos rectos alternativamente. Para tapar los intersticios se usa una especie de mortero formado de greda y ramaje hecho pedacitos. El *log-house* es el primer abrigo del que desmonta. Cuando ha construido su morada, prende fuego á los bosques que la rodean, los deja quemar, con gran disgusto de los animales feroces y de los reptiles, que huyen por todas partes y se abrasan, aullando, gritando y silbando de una manera espantosa. Cuando el fuego no ha dejado de los árboles mas que el tronco, el cultivador los arranca de raíz. Para esto se sirve de un instrumento que no es otra cosa que un enorme sacatrapos.

Hémos ya en Búffalo despues de recorrer un panorama sembrado de las bellezas naturales mas pintorescas, entre las cuales es preciso citar el Mohavk que, en Bakton, cae en cascada de 250 pies; los saltos de agua de Trenton, que se precipitan por seis bocas distintas de 312 pies; el lago de Cayuga, que atraviesa un puente de mas de una milla de largo; los lagos y las cascadas que rodean á Génova; las altas montañas que circundan á Rocherter, etc. Nos hallábamos admirablemente preparados para recibir las impresiones que producirían en nosotros las cataratas sin igual que íbamos á contemplar. Unas cuantas horas pasadas en Búffalo, que en 1825 contaba 2,500 habitantes, y hoy encierra 50,000, bastaban para hacernos apreciar el inmenso porvenir reservado á este puerto de entrada de los grandes lagos. Faltábanos una quincena de millas para llegar á las Cataratas; un buen carruaje con dos caballos vigorosos nos condujo allí bastante aceleradamente y sin incidente digno de referirse.

A medida que avanzábamos, un murmullo vago al pronto, mas pronunciado despues, y que concluyó por agrandarse, semejante al trueno en la cadena de los Pirineos, se hizo oír y dominó todos nuestros pensamientos. Desde un poco antes ya escuchábamos en silencio y recogidos aquel estruendo terrible que nos embargaba con una especie de fascinacion.

—Señores, nos dijo el mayoral, dentro de cinco minutos estaremos en el Niágara.

(Se continuará).

## EL EMPERADOR Y SU HISTORIADOR.

«¡Qué buena suerte me ha cabido! decía hace mucho tiempo un jóven publicista de Marsella. Me ha sido dado sacar á Alejandro del seno de la antigüedad, y me lo han puesto en nuestros días, vestido de un jóven capitán y con todo el genio de la ciencia.»

El jóven publicista era Mr. Thiers; el Alejandro moderno es Napoleon.

Desde aquel día no se enfrió un momento la pasión del